

# La Orden dominicana y las artes. Conversaciones con el Padre Coello de Portugal, O.P.

Eduardo Delgado

Primero arquitecto y después Dominicano, el Padre Francisco Coello de Portugal (Jaén, 1926) es un personaje cualificado para valorar la importante aportación de la Familia dominicana a la historia de la modernización de la arquitectura sacra, española e internacional. Esta Orden asume, digamos que corporativamente, la defensa de la nueva arquitectura. Su extraordinaria influencia y el valor ejemplar de su actitud merece una aproximación.

Esta historia tiene particular relevancia pues la renovación litúrgica propuesta por el Vaticano II –en lo que a arte y arquitectura se refiere– venía planteándose en los países más desarrollados desde los años cuarenta; el Concilio no resulta, por tanto, un punto de partida, si no más bien la consecuencia de inquietudes pastorales y culturales a las que nuestro país no resultó en absoluto ajeno.



- A todos nos ayudaría que encuadrara su participación en la aventura de la renovación de la arquitectura sacra de nuestro país con algunos datos personales: su ingreso en la Escuela, su relación con la Orden de Santo Domingo y sus primeros trabajos como arquitecto.

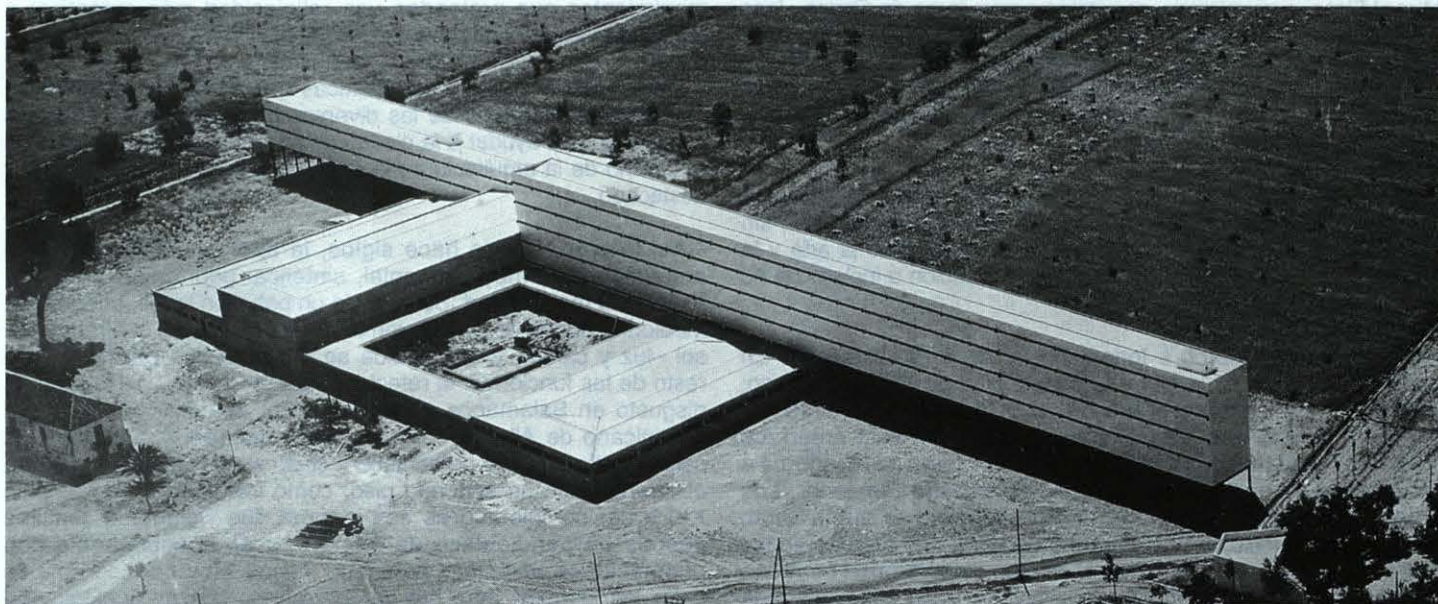
- Pienso que mi historia personal tiene poco interés, pero bueno... Empecé a preparar el ingreso en 1943-44. Por entonces era bastante duro. Tuve que trasladarme a Barcelona para terminar por un problema con Durán en Madrid. Nos fuimos un buen grupo -10 ó 12-, que hacíamos mucho ruido... Allí conocí a Javier Carvajal que se volvió después con nosotros a Madrid. Ya entonces destacaba como el mejor del curso.

Mi vocación a la Orden dominicana fue posterior. Estaba trabajando en Córdoba, al año de terminar la carrera, y un hermano de Sánchez Lozano que era ingeniero de Minas y había decidido ingresar me enganchó a mí también; pensé que renunciaba a la arquitectura y eso fue lo que más me dolió. Después, el P. Aniceto Fernández, que era nuestro Provincial y acabó siendo General de la Orden muchos años, me pidió que ayudase en las obras del Santuario de la Virgen del Camino, en León. Había un proyecto de otro arquitecto pero no gustaba; yo pedí que se arreglara el problema con él, y entonces empecé con mucha ilusión mi primera y la que pensaba sería última obra de arquitectura. Después he trabajado por todo el mundo: Corea, Taiwan, Grecia, Italia, Santo Domingo... Desde entonces ha sido un no parar.

- Por entonces, la Orden dominicana ya se había significado como una de las instituciones religiosas que más a gusto se encontraban en el entorno del arte moderno, preocupación constante de la Jerarquía de esos años, por lo que significaba de relación con el mundo de la Cultura.

- La Orden religiosa de los Dominicos ha asumido históricamente y de modo cuasi-corporativo un papel de vanguardia en las artes, de soporte de lo que, en cada momento, ha sido modernidad. A esta orden se deben, en diferentes circunstancias, encargos clave no ya sólo en la historia del arte sacro, si no en la historia del arte con mayúsculas, desde Fra Angélico hasta nuestros días.

En aquellos primeros años de mi ejercicio profesional, empezamos a recibir noticia de las notables realizaciones que estaban teniendo lugar en Europa; algunas de ellas eran trabajos para nosotros. Así, recuerdo que enseguida nos llegó lo que Le Corbusier estaba haciendo por encargo del Padre Le Couturier en Francia. Al



Convento dominicano en La Armilla, Granada.

principio fue Ronchamp, que nos pareció un camino de renovación acertado aunque, tal vez, excesivamente personal. Después vino el convento de La Tourette, que tanto hubo de influir en la renovación conventual que hizo Antonio Fernández Alba en nuestro país.

Ya antes habíamos tenido noticia de la lenta maduración de los trabajos de Matisse en la capillita de Vence, para las dominicanas de allí. Para nosotros esto era y es un motivo de orgullo. Fundamentalmente por lo que significa de ofrecer a Dios una parte importante del arte actual; si es posible, lo mejor.

- En la España de los cincuenta, el arquitecto por autonomasía de los Dominicos fue Miguel Fisac; sus aportaciones en Arcas Reales (Valladolid) y Alcobendas merecen un lugar destacado en la historia de la arquitectura nacional.

- Pienso igualmente. De hecho, este año he tenido la oportunidad de formar parte del Jurado de la Fundación Camuñas que tuvo a bien premiar a Fisac. Allí destacábamos como motivo esencial de la concesión su aportación a la renovación de la arquitectura religiosa en España. Fisac trabajó por encargo de la Provincia de Filipinas y del Rosario, no para la Provincia de España a la que yo pertenecía. Por eso no tuve contacto directo con él. Sin embargo recuerdo su inquietud traducida en obras en la línea de renovación deseada por todos y que estaba en el ambiente. Sus trabajos fueron extraordinariamente bien recibidos en la Orden. El empleo de materiales humildes, como el ladrillo, y su sobria expresividad colaboraron en esa buena acogida. Recuerdo que durante años, y no se si sigue siendo así, para llegar a Arcas Reales había señales de tráfico que decían «a la Iglesia de Fisac». Esto me parece un claro indicador de hasta dónde alcanzó su influencia y popularidad.

- Si hay una figura omnipresente en toda esta historia, esa es la del Padre Aguilar: Prior del Real Convento de N<sup>ra</sup> S<sup>ra</sup> de Atocha de Madrid; fundador y director de la revista ARA –introdutora de la reforma del Concilio en España–. Presentó al obispo de Vitoria a los 5 equipos de arquitectos participantes en la ejemplar experiencia de esa diócesis vasca a finales de los cincuenta...

- En los años cincuenta, un centro de irradiación cultural muy fuerte fue nuestro Convento de Atocha. El Prior era, en efecto, el Padre Aguilar que siempre mantuvo mucha relación con la juventud intelectual. Allí teníamos una residencia de universitarios, que fue el germen del Colegio Mayor Aquinas en la ciudad universitaria. De hecho, en su proyecto y ejecución aglutinó a algunos artistas

salidos de la residencia de Atocha: Rafael de La-Hoz, Jose María García de Paredes, etc. También participó Carlos Pascual de Lara, a quien el Padre Aguilar pidió un gran mural para Atocha, que ahí está. También en el entorno de Atocha surgió el MAS: Movimiento de Arte Sacro. Se trataba de una iniciativa para estímulo y orientación de artistas, en coloquios doctrinales, concursos, exposiciones y ensayos de realización. Allí trabajó mucha gente y se llegaron a obtener algunos premios para España, como el de vestiduras litúrgicas de Salzburgo, en 1962. La figura del Padre Aguilar es absolutamente irrepitible. En gran medida, su obra murió con él. Pero los resultados los disfrutamos todos y son un tesoro para la Iglesia y para el mundo de la Cultura y el arte del siglo XX.

- Desde su propia experiencia como arquitecto participante en esta historia, ¿a quiénes destacaría entre los que han colaborado en sus obras?

- Conmigo han trabajado siempre muy buenos artistas. En el Santuario de la Virgen del Camino me ayudaron Sánchez Lozano y Emilio García de Castro porque yo terminaba el noviciado en junio y las obras tenían que empezar en septiembre; de modo que tuvimos que trabajar a destajo... Aunque para mí, el gran monstruo ha sido Jose María Subirachs; cuando estábamos construyendo el Santuario de la Virgen del Camino, se nos criticó que la obra era pobre; yo pensé que la solución no pasaba por llenar aquello de mármoles... propuse enriquecerla con obra de arte; y contacté con Subirachs. Su propuesta inicial era mucho más avanzada -de vanguardia-, y de gran calidad. Más abstracta; incluso el Obispo Almarcha, que era muy tradicional en su visión del arte, pero sabía apreciar la calidad, al ver los dibujos, no objetó nada. Creo que el mismo Subirachs pensó que no sería bien recibido y atemperó su propuesta. Estábamos en los cincuenta... Ahora hay quien teme lo que se está haciendo en la Sagrada Familia de Barcelona; yo tengo la seguridad de que lo que se haga será bueno.

Trabajé también mucho con José Luis Alonso Coomonte para la orfebrería: los sagrarios, candeleros y demás. Nos llevábamos bien; pero él tenía mucho trabajo y me retrasaba las entregas. Por eso me lancé a diseñarlos yo mismo y ahora tengo asumido ese cometido, aunque la influencia de Coomonte en ese aspecto de mi obra es muy clara. Dicen que me repito mucho: mi pieza favorita es el Sagrario-Custodia; y he incorporado a ese conjunto una reja tomada de la tradición oriental, que ellos usan para incorporar reliquias... En nuestro país recibieron encargos de la orden dominicana artistas tan variados como los arquitectos Luis Laorga,

Miguel Fisac, o yo mismo... escultores como Jorge de Oteiza, Jose María Subirachs, Susana Polac, Cristino Mayo, Lapayese, Ferreira; pintores como Carlos Pascual de Lara, José María Labra, Álvaro Delgado. La lista es interminable y se completa con otros nombres poco conocidos, pero que han acompañado anónimamente la historia del arte español del siglo XX.

- Un hito esencial, que recogió muchas inquietudes de artistas y hombres de Iglesia del momento, fue el Concilio Vaticano II; sin embargo, en el terreno de la liturgia, capítulo próximo al arte y la arquitectura, se ha hablado de una mala aplicación o incluso de no aplicación de su espíritu.

- El Concilio nos marcó a todos una vuelta a la austeridad. En nuestro caso fue una vuelta a la concepción de Santo Domingo; y no digo dominicana porque de todo ha habido, y desde el principio. El convento de Bolonia, donde ahora está enterrado Santo Domingo, fue paralizado por él mismo pues no respondía a los criterios de pobreza y austeridad de nuestro Fundador. Los frailes, obedientes, detuvieron las obras; pero al morir Santo Domingo las concluyeron y allí fueron a parar sus restos. Pienso que aún se debe profundizar en el sentido de la reforma conciliar. Se ha hablado de austeridad, de sencillez, y sin embargo cada vez que hay una celebración se llenan los templos de ornato y decoración. La actual crisis de la religiosidad es un dato objetivo. Los números de participación de los fieles han caído. Sin embargo también se observa un renacer de fenómenos, de

movimientos que pretenden una religiosidad más auténtica; a veces más espontánea, menos normativa.

- Entre las Instituciones eclesiásticas que deberían garantizar la existencia y desarrollo de las diversas manifestaciones artísticas encaminadas a ayudar a la piedad de los fieles -particularmente en el terreno de la arquitectura-, la Orden dominicana ocupa un lugar destacado.

- Así lo creo. Desde hace siglos, la tipología dominicana en arquitectura es muy elemental, sintética; podríamos decir que anticipa la modernidad. Se trata de un pabellón lineal, orientado a mediodía, donde se distribuyen todas las funciones que requieren sol -luz y calor-; a su espalda se organiza otra pastilla con el resto de las funciones: el refectorio, la iglesia, etc... Tuve un gran disgusto en Salamanca cuando alguien, al ampliar el convento dominicano de Alba de Tormes, que respondía a las anteriores características y que presentaba incluso en el remate de cubierta el arranque de un segundo piso, como invitando desde el siglo XVI a ser completado de esa manera, fue violentado con una pastilla perpendicular -¡de cristal!-, y en consecuencia con orientaciones levante y poniente. Tengo muy buenos amigos entre los jesuitas; pero me parece que su fijación tipológica se produjo en un momento de decadencia del barroco y es mucho menos interesante. Es una fijación más formal que la dominicana; por eso su aportación en el terreno de la arquitectura ha sido históricamente más apagada... ■

Convento en Zaragoza.

